

Ave, maris Stella...

El Nombre de María.

Al pie del ara de la Virgen pura,  
del templo angusto en el recinto, un día,  
fijos los ojos en la Imágen santa  
una mujer, postrada de rodillas,  
besando á un niño así decía: Es tuyo,  
á tí te le consagro, Madre mía!

Aquel niño era yo: y era mi madre  
la que á la Virgen consagró mi vida.  
Desde el momento aquel, su Imágen pura  
grabada llevo aquí en el alma mía,  
y ella embalsama lo que el alma siente,  
como el lirio el ambiente en que respira.  
Fué el primer nombre que brotó en mis labios  
ese nombre tan dulce de María:  
El fué la estrella que guió mis pasos;  
en lucha y en peligro, él fué mi egida;  
él, el primero al despertar del sueño,  
él, el postero al espirar el día;  
él desató en ecos balbucientes  
los primeros acentos de mi lira;



así, al menos, los pobres versos míos  
no cubrió la impureza de ignominia.  
Él fué tal vez el que ahuyentó en mi mente  
esas sombras que el alma esterilizan,  
cuando la tierna flor de la inocencia  
marchitaban los afanes de la vida,  
y los dulces ensueños de la infancia  
trueca en sueño febril la fantasía.

Yo soñé un ideal bello y sublime  
de virtud y candor y luz divina,  
radiante de hermosura de otro mundo,  
cielo encarnado en luz y en armonía,  
tan puro como el alma de los ángeles,  
belleza que se siente y no se explica.  
Yo soñé ese ideal de lo infinito  
en los hombres, las cosas y la vida...  
; Do quiera le busqué! ; Ay! Ese ensueño  
que anhelante y sediento perseguía,  
era el reflejo, que mi ser llenaba,  
de la luz de tu Imágen peregrina.  
Eres tú, <sup>Virgen</sup> Virgen pura y sacrosanta,  
la belleza, el candor y la armonía,  
la gracia, y la bondad, y la pureza,  
el sol que los edénes ilumina,  
la síntesis sublime de lo hermoso

que es capaz de soñar la fantasía.  
Tu nombre es cual las arpas vagorosas  
que por las áuroras de la noche heridas,  
se estremecen en flébiles acordes  
de suavísima ignota melodía,  
à cuyo acento con amor despiertan  
los dulces ecos que en el alma vibran;  
él endulzó mis horas de amargura,  
él fué el que adormeció las penas mías;  
él recibió de gratitud los himnos  
que evocaba en mi pecho la alegría.

¡ Religión bienhechora de mi infancia!  
¡ Bendita seas tú, la que me inspiras  
la inefable esperanza, Virgen pura,  
yo, indigno y torpe, de mirarte un día!  
Tambien, ¡ oh Virgen! al nacer mis hijos  
una oracion, del corazón nacida,  
te dirigí diciéndote: Son tuyos,  
à Ti te los consagro, Madre mía!  
Yo los enseño à pronunciar tu nombre;  
¡ que él los guíe en la senda de la vida!  
Él irradia en su aurora: ¡ haz que en su ocaso  
brille el nombre tan dulce de María!

---